CARLOS GERMAN BELLI

AL PINTOR GIOVANNI DONATO DA MONTORFANO (1440 - 1510)

Yaces sin gozar el favor de nadie,
y es tu soledad tanta un claro espejo
de aquello que sucede exactamente
ayer, hoy y mañana cuando todos
te tornan las espaldas de improviso,
como el mayor efecto del olvido;
que este sombrío estado
demuestra en qué terminan finalmente
el físico vigor y el sabio seso
empeñados a fondo
en hacer bien las cosas de la vida,
que al final tal esfuerzo sobrehumano
resulta empresa de pequeña hormiga.

No te escabulles de tu mala estrella
y en cambio inmóvil hora a hora pasas
padeciendo cuán resignadamente
el desdén de los fieles de Leonardo,
que discurren delante sin mirar
ni siquiera de reojo el fruto máximo
de tus cien mil desvelos
cuando pusiste lo mejor de ti
en homenaje a El Crucificado,
vasta pintura tuya
que no la pueden doblegar las guerras
ni la del tiempo que puntual derruye,
ni menos la lid de los hombres fieros.

Mas pese a tu paleta y tu pincel,
has terminado siendo un émulo
del varón y de la dama desdeñados
por quienes ellos aman día a día,
que exactamente así te encuentras tú
al sufrir los desaires de las gentes;
y en verdad mucho más
que el amante transido en su penar
en el espacio de una corta vida,
y en cambio siglo a siglo
percibiendo tú en el mayor silencio
que ni la menor atención te prestan
cuando huyéndote pasan sin mirarte.

Y adviertes más que todos lo que ocurre
en tus alrededores diariamente,
aunque no puedes preservarte nunca
de la gélida indiferencia en torno
dictada por el hado inexorable
ordenando que víctima tú seas
como un manso cordero
bajo el esquivo gesto incomprensible
de tantos que muy cerca de ti cruzan;
mas es hiel que no mancha
el alma de la que soberano eres,
fábrica de tu incólume pintura
por encima de los siglos firme y fresca.

Eres el sumo ser inadvertido
sin parangón en todo el pardo mundo,
a quien a cada rato lo soslayan
como si así te hubiera sucedido
desde la cuna puntualmente siempre,
en donde ayer sin mimos de tus padres
que daban su cariño
a tu hermano mayor enteramente;
que nunca en nada fuiste primogénito,
y resignado vives
tu eternidad en desigual estado,
arriba en las empíreas salas árbitro,
abajo donde nadie en ti repara.

EL CORAZON HAMBRIENTO

Perdió también el corazón cuitado
el precioso manjar de que vivía.

Francisco de Figueroa

El gran terrenal corazón hambriento
recuerda el afín corazón perdido
que inalcanzable hoy sorpresivamente
como estrella del cielo,
aunque ayer dondequiera cerca y manso
obedeciendo el firme nudo íntimo
en que reina la gloria del viviente
de sentir juntos los latidos de ambos,
como si todo fuera de este modo,
en uno solo dos corazoncitos.

Pensar que satisfecho a cada rato
comiendo el pan precioso a voluntad
hasta la miga más pequeña siempre,
y en cambio brilla
por su ausencia lo que presente fue
en cada punto infinitesimal,
que cuán colmado día a día ayer,
tanto hoy sin el vital placer supremo,
y resignado así a partir se alista,
recordando el antiguo pleno estar.

No creyó que en ayunas se quedara
después de tener el manjar supremo
llegado desde el cielo por la escala
de los benignos hados,
para saciar el hambre del ansioso
que aguardó tal fortuna siglo a siglo,
hasta mudar su corazón en vientre;
mas un día dejó de ser así
como si en lo restante de su edad
nunca más una migajuela engulla.

La feliz suerte bienhechora antes
cómo se ha disipado de repente,
pues tal satisfacción ayer sin freno

ahora es el recuerdo
fiel de un hecho de veras sobrehumano,
y así en este sombrío estado hoy
cuando por el ayuno inexorable
el paladar del terrenal varón
se encuentra descorazonadamente,
que al no comer no hay gusto ni latido.

EL HABLANTE CONTENTO

¡Ea!, he aquí sin el agobio hoy
por ese error gramatical odioso,
robador de las horas apacibles,
pues un rato de gozo insospechado
al escudriñar el decir correcto
en la virginal página terrena,
sin la mínima sombra
de la lengua y la lira tan en bruto;
que es día digno de glorificarlo
por el suceso extraño
cuando la lira cuán perfectamente
da rienda suelta a los tañidos íntimos.

Y el oírlos persuade que la ausencia
de la garrafal falla en el futuro
razón será para seguir viviendo
distante del funesto estado antiguo,
que la lengua quizás no sonorá
como el ladrido ajeno de los canes,
pero sí prenda propia
compartiendo merced a ella un poquito
la labia de envidiables elocuentes;
y al fin no espantadizo
lacónico con miedo de tornarse
en nadante pez mudo entre las aguas.

Aunque de muy adentro las palabras
arduamente salieron hacia afuera,
es la primera vez que no quebrantan
las leyes soberanas siglo a siglo

del buen decir, que es cosa capital
para el entendimiento entre Adán y Eva;
y qué infinito asombro
como una maravilla por delante
comprobar de improviso que lo escrito
contando mal el verso
parece conformado puntualmente
según la sazón del jardín florido.

¡Se acabó la hecatombe de la errata!:
ya no salir de Escila para entrar
en Caribdis, tal trasanteayer siempre,
que nunca más mañana equivocarse
y la palabra así brillando yazga
sin el menor defecto que la opaque;
y al fin al diablo toda
la lira chapucera mal sonante
con sus cuerdas de estaño mohosísimas,
y en cambio cuerdas de oro
tañendo a diario acompasadamente
por diestra con destreza deleitable.

Si en corto día disfrutar la suerte
de no fallar siquiera alguna vez,
bástale para figurarse ahora
seguro de sí mismo y respirando
cual secuaz del gramático Nebrija
que en español da pie con bola ufano;
y aun en tal brevedad
por igual figurarse como un ser
metafísico, que es lince que mira
lo célico y lo humano;
que para tal empresa superior
hay que acá coronar el buen decir.

Escúchame, Canción,
que si aterrado muera entre mil yerros,
hoy contento estoy por lo escrito ayer.